

# **aspectos psicológicos de la opción por la vida religiosa**

La Vida Religiosa es una de las opciones fundamentales en la vida del cristiano, que puede ser contemplada bajo diversos puntos de vista. En este artículo va a ser tratada principalmente bajo el punto de vista psicológico.

En clave de fe, la Vida Religiosa es un carisma dentro de la Iglesia que encuentra su última y definitiva razón de ser en el Evangelio. La Vida Religiosa es, sin entrar ahora en matizaciones teológicas, un seguimiento de Cristo según su modo existencial de vivir. El religioso sigue a Cristo y le imita en el modo concreto de su existencia, adaptándose a las actuales exigencias del mundo y de la Iglesia.

El cristiano que se compromete a ser religioso toma una opción en su vida que es total, definitiva y perpetua. Ello implica, no sólo una perspectiva de la fe sin la cual no tiene sentido ni valor la Vida Religiosa, sino también unas actitudes y unos comportamientos de tipo humano y psicológico que, en elevado grado de madurez humana,

han de ser garantía de fidelidad vocacional a los compromisos que se derivan de la consagración religiosa. ¿Cuáles deben ser los elementos psicológicos implicados en dicha opción? Esta es la cuestión que queremos responder en estas líneas.

## **1.—PUNTOS DE PARTIDA**

Antes de acometer directamente el problema que nos ocupa, vamos a partir de dos realidades que han de condicionar necesariamente la solución del mismo. En primer lugar, el creciente número de religiosos que rompen la opción fundamental de su vida o que han descubierto que no han optado adecuadamente al abrazar el carisma religioso; y, en segundo lugar, las exigencias de totalidad y de perpetuidad.

### **1.1.—Abandonos de la Vida Religiosa**

Como primer punto de partida vamos a tomar un hecho que hoy

en día es bastante preocupante en la Iglesia y en la Vida Religiosa. Es una realidad empírica, fácilmente constatable, que el número de religiosos que abandona la opción para la Vida Religiosa es grande y no solamente de aquéllos religiosos que todavía tienen compromisos temporales (vínculos o votos), sino también de aquéllos otros que han vivido varios años la opción perpetua y definitiva.

Son muchos los factores y causas que motivan tales abandonos, difícilmente reducibles a un sólo parámetro, homogéneo y unívoco. Se ha estudiado científicamente el problema en los últimos años. Quiero solamente recordar aquí un estudio científico realizado sobre una muestra de 2.480 religiosos y 8.491 religiosas que abandonaron la vida religiosa en 1972. (PASTOR, Gerardo, cmf, *Análisis de contenido en los casos de abandono de la Vida Religiosa*. Estudios de los moventes manifiestos (no latentes) aducidos por los individuos que abandonaron sus Ordenes o Congregaciones religiosas durante el año 1972. Instituto Teológico de Vida Religiosa. Publicaciones Claretianas. Madrid, 1974).

Entre las causas, ocupa el primer lugar la categoría "ruptura del proyecto vocacional", que tanto religiosos como religiosas expresan con variados matices. Dicha categoría manifiesta la ruptura de la opción fundamental de una manera directa, la cual está asimismo presente en las otras categorías en las que no se habla de una manera explícita de la opción vocacional, pero que han sido causas motivantes de abandono vocacional.

Algunos testimonios, sacados de los protocolos anónimos, nos pueden ofrecer una idea del contenido de esta categoría:

"Entré en religión a una edad muy joven e inmadura, y así, con el pasar de los años, he

constatado que no tengo vocación para la Vida Religiosa"

"...Creo que cuando hice mis votos perpetuos era demasiado inmaduro para poder tomar una tal decisión... después, habiendo llegado a una mayor madurez, he llegado a creer que no poseo una verdadera vocación a la Vida Religiosa".

"Me parece que entré demasiado joven a la Vida Religiosa, y, como estaba más bien resguardada en casa, era inmadura. Cuando hice la profesión no me hice cargo de las implicaciones contenidas en los votos; por ello siento que mi elección de la Vida Religiosa y mi vocación no fueron deliberadas ni conscientes".

"He llegado a la conclusión de que no había llegado a tomar mi opción verdadera y que había aceptado como vida algo que de ninguna manera me llena, pero que algunas circunstancias, determinadas personas y tal vez mi falta de verdadera madurez crítica me impulsaban a seguir sin ningún convencimiento de mi parte".

"Declaro con toda franqueza y honradez que no hice un acto libre al pronunciar mis votos perpetuos. El Señor es testigo de que hice tal acto costreñido por una presión social".

"Declaro además que también por respeto humano y por falta de valentía emití los votos perpetuos, aunque no me adhería interiormente a los mismos".

"Falta de libertad en la elección de mi vocación... Falta de lucidez a la hora de mis compromisos temporales y

perpetuos estando aún bajo el trauma de mi pasado, bajo los efectos del temor y del rechazo de todos" (pp. 83-90).

En todos estos testimonios, y en otros semejantes, aparecen en la raíz de la ruptura de la opción por la Vida Religiosa, inmadurez humana, falta de libertad interior, fuertes presiones sociales sobre la personalidad y sus decisiones, falta del conocimiento de las exigencias de la Vida Religiosa, incapacidad humana para mantener la fidelidad a la opción religiosa, etc.

### 1.2.—Exigencias de la Congregación Religiosa

Tanto la tradición de la Iglesia como las enseñanzas más actuales de la misma han insistido en que la Consagración peculiar que realiza el religioso al emitir sus votos es "un don total a Dios", "una entrega radical y definitiva a El", en la que queda involucrada toda la persona, todo lo que es y tiene, todo su presente y todo su futuro. Es una inmolación hasta la muerte comparable con el martirio. De hecho la tradición de la Iglesia siempre ha comparado la profesión religiosa a un martirio, a un sacrificio total y un holocausto perfecto. Y el mismo análisis teológico de la Consagración religiosa la concibe como un don de amor definitivo que Dios hace al hombre, al cristiano, al que éste debe responder con prontitud, totalidad, radicalidad y perpetuidad, siempre motivado por la fe y el amor. (L. G., 44; *Renovationis Causam*, 2; *Evangelica Testificatio*, 4,7).

Por este sentido y estas exigencias de la Consagración, la Vida Religiosa es una de las grandes opciones del cristiano, una opción fundamental que compromete a la persona en todos sus ámbitos y en todas sus posibilidades. Por ello,

el religioso que se compromete a vivir el carisma religioso debe estar capacitado y maduro para poder realizar con éxito y satisfacción existencial la opción fundamental que la profesión religiosa exige.

### 2.—ORIENTACIONES PSICOPEDAGÓGICAS DE LA IGLESIA

Ya el Concilio Vaticano II había establecido un principio básico, pedagógico, al hablar de la adecuada renovación de la Vida Religiosa, al decir en el "*Perfectae Caritatis*" que "la adecuada renovación de los Institutos depende en grado máximo de la formación de sus miembros" (n. 18) y que dicha formación, variada en su expresión, ha de ser "armónica" y debe contribuir "a la unidad de vida" de los mismos (ib.). Esta unidad de vida no es posible alcanzarla sin una previa clarificación vocacional y sin una profunda y definitiva opción por la vida Religiosa que integre armónicamente en la persona todo el cúmulo de experiencias y vivencias que ha de afrontar el religioso en su futuro.

Años más adelante (6 de enero de 1969) la Santa Sede, a instancia de los Superiores Generales publica un documento, la "*Renovationis Causam*", eminentemente formativo, fruto de un análisis de la situación actual de la Vida Religiosa, que tiene como fin general el que "los Institutos, conforme a las instrucciones dadas por el Decreto "*Perfectae Caritatis*", adapten mejor el conjunto del ciclo formativo a la mentalidad de las nuevas generaciones, a las condiciones de vida hoy predominantes y a las actuales exigencias del apostolado, conservando siempre fielmente el espíritu y el fin propios de cada Instituto" (R. C.—Introducción).

La R. C., aparte de ofrecer unas normas canónicas más flexibles que las hasta entonces vigentes, da unas orientaciones pedagógicas cuyo objetivo principal concreto es preparar a los formandos a la profesión perpetua a fin de que el "religioso, en el momento de pronunciar los votos perpetuos haya alcanzado el grado de *madurez espiritual suficiente* para que el estado religioso, al que se va a vincular *definitivamente*, sea realmente para él un medio apto para conseguir más fácilmente la perfección de la caridad y no una carga demasiado difícil de llevar" (n. 6). La intención que late en todo el documento es la de preparar al religioso para la opción definitiva y perpetua, la cual requiere un alto grado de madurez personal, que incluye factores biológicos, psicológicos, espirituales y cristianos.

Ahora bien, no se alcanza un alto grado de madurez humana y espiritual, necesaria para la opción perpetua y definitiva, si no es mediante un proceso gradual que empiece desde los primeros momentos de entrada del candidato en la vida religiosa. Antes de la profesión perpetua deberán programarse unos ciclos formativos perfectamente entrelazados con objetivos concretos, orientados a favorecer el proceso de maduración personal, que desemboque en una firme decisión de aceptar la Vida Religiosa como la opción fundamental para la propia vida.

2.1.—Así, en concreto, el Postulantado Canónico —período previo al Noviciado— tiene como meta pedagógica "preparar el ánimo del candidato a la decisión plenamente consciente de abrazar la vida religiosa" (R. C., n. 4). Debe ser "un período de prueba suficientemente largo que favorezca la madurez afectiva y humana del candidato" (ib.), y en él "es in-

dispensable una progresiva adaptación psicológica y espiritual, que prepare el ánimo a la separación del medio ambiente y de las costumbres seculares" (R. C., 11, II).

Es un período de transición hacia un cambio radical en la vida que no es posible lograr sin una preparación psicológica que implique, por una parte, la renuncia a valores positivos de la vida secular y, por otra, la apertura personal a los nuevos valores de la vida religiosa. Dicho cambio no puede improvisarse. No depende de un acto voluntario, aislado del contexto vital de la persona. Es un proceso que se inicia y que se irá paulatinamente cumpliendo a través de fases progresivas, de maduración humana y religiosa y adaptación al ambiente.

2.2.—Por lo que al Noviciado se refiere, no se debe *iniciar* si no se dan algunas condiciones indispensables.

En primer lugar, se exige una "conciencia clara del llamamiento divino" (R. C. n. 4). Cuando se quiere optar por la Vida Religiosa es porque se ha tenido conciencia vocacional, es decir, porque se ha tenido la experiencia de fe vocacional, que consiste en percibir en fe a Cristo que llama y que invita a seguirle e imitarle según su modo existencial de vivir. Cristo es el que llama e invita a seguirle; y, a la vez, es el mismo Cristo quien da la capacidad para entender y conocer la llamada. No hay verdadera vocación sin el binomio llamada - respuesta. La falta de unos de los términos del binomio anula la vocación. Tener conciencia vocacional es captar el seguimiento de Cristo como algo propio para sí, como la realización de una existencia que es positiva y satisfactoria para la propia persona, como un modo auténtico

tico de realización personal en un marco de vida cristiano.

En segundo término, el comienzo del Noviciado requiere asimismo un grado de madurez humana y espiritual, relativa lógicamente, que consiste fundamentalmente en la capacidad de "tomar la decisión de responder al llamamiento divino con la *responsabilidad* y la *libertad* suficientes" (ib). Ambos elementos están presuponiendo una suficiente capacidad de autonomía en el ejercicio de las propias decisiones, y a la vez, unas motivaciones religiosas, sobrenaturales auténticas y válidas.

Y, en tercer lugar, las condiciones antes expuestas no serían factibles sin un mínimo de madurez personal sólo alcanzable a una edad determinada. El joven de hoy madura más lentamente y más tardíamente, por las influencias de factores psicosociales del mundo actual. La complejidad del "status" social adulto, que requiere una mayor preparación y madurez, la integración en el mundo de los adultos que se retrasa considerablemente, la prolongación de los estudios universitarios y técnicos y la insuficiente independencia económica, que aqueja al joven de hoy, son factores decisivos que obstaculizan la madurez juvenil. Por eso "la edad conveniente para la admisión al Noviciado debe ser más avanzada que la exigida hasta ahora" (R. C., n. 4).

Una vez iniciado el Noviciado, la meta pedagógica a conseguir debe ser el "realizar progresivamente en la vida (del novicio), aquella *coherente y armoniosa unidad* que debe existir entre la contemplación y la acción apostólica, unidad que es uno de los valores fundamentales y primarios de estos Institutos" (R. C., n. 5). La unidad de vida ha de ser integradora. El Yo personal, libre y

responsable, suficientemente maduro y convenientemente clarificado en su opción futura, debe integrar en sí mismo todos los elementos vocacionales presentes que le permitan mediante una transferencia educativa integrar los elementos vocacionales futuros.

Para ello, las actividades formativas del Noviciado "deben ayudar (a los novicios) a descubrir... *las exigencias de su vocación* religiosa y el modo de *permanecer siempre fieles a ella*" (R. C., n. 5). El Noviciado es un momento fuerte, decisivo, que mira a establecer los fundamentos esenciales de fidelidad que exige la opción por la Vida Religiosa: fidelidad a las exigencias de la vocación religiosa y fidelidad a la perpetuidad de la misma vocación, elementos indispensables para que un religioso cumpla el designio carismático que Cristo le ha señalado.

Como conclusión de esta preocupación de la Iglesia, podemos destacar la insistencia en los dos factores que definen la opción fundamental para la Vida Religiosa: el *factor de contenido*, es decir, la Vida Religiosa es una opción de fe, es un seguimiento e imitación del modo existencial de vida que llevó Cristo y que se concretiza en un Instituto que tiene un carisma y un espíritu peculiares; y el *factor de perpetuidad y estabilidad*, es decir, la Vida Religiosa es una opción que se toma hasta la muerte.

### 3.—ELEMENTOS PSICOLÓGICOS Y DINÁMICOS DE LA OPCIÓN FUNDAMENTAL

La persona humana, además de la dotación innata que recibe por herencia, está sometida a influjos del ambiente que le rodea desde los primeros momentos de su existencia. La maduración de la per-

sona es el resultado de una interacción activa entre la dotación innata recibida y el influjo social en sus más variadas expresiones.

Una adecuada maduración de la personalidad brotará del equilibrio de ambas influencias, sin predominio unilateral de una de ellas.

Una personalidad derivada exclusivamente del desarrollo de lo estrictamente personal, innato y heredado será una personalidad cerrada, rígida, empobrecida, aislada, castrada en una de sus tendencias más fundamentales, en la necesidad de contacto y relación social con los demás y con el mundo circundante; una personalidad desarrollada en este proceso carecería de la capacidad de adaptación al ambiente, elemento necesario en una personalidad madura.

Por el contrario, una personalidad sometida a un influjo social fuerte y estructurante, casi exclusivo, sería una personalidad con una negativa dependencia del ambiente social, sin autonomía ni libertad interior; cuando la presión social es determinante en el desarrollo de la personalidad, ésta se encuentra desamparada y sujeta al vaivén de las circunstancias, es una personalidad pobre, sin capacidad de ser dueña de sí misma, de sus actos, de sus decisiones y de sus opciones; es una personalidad a la que se le escapa el presente y, por supuesto, el futuro.

En estas circunstancias, la persona es incapaz de proyectar su vida en el futuro. No tiene poder de decisión pues está condicionada fuertemente desde fuera. Y si, bajo presión exterior estructurante se realizase el proyecto por la dinámica de la vida y de las exigencias de la misma, el proyecto carecería de fundamento y de garantía de estabilidad. Es la realidad que aflora y que se refleja en muchos de los casos arriba

mencionados de abandono de la Vida Religiosa. Muchos religiosos han tomado la opción de la Vida Religiosa por presión social, por presión de personas y ambientes significativos, antes los cuales se encontraban indefensos e incapaces de reaccionar libremente. Una opción así tomada necesariamente ha de acabar —como así han acabado en realidad— en el fracaso y en la ruptura. Por otra parte, una decisión tomada desde la propia independencia, sin considerar al mundo social y sus exigencias, es una decisión ilusoria, que carece de realismo y que, por ser simplemente voluntarista, no puede ser integradora. Es el caso de los que han optado en la Vida Religiosa sin conocimiento suficiente de sus exigencias y sin haber experimentado de alguna manera las consecuencias de tal opción.

### **3.1.—La liberación del Yo personal.**

Entre ambas direcciones emerge paulatinamente el Yo personal que sirve de árbitro y de control en el equilibrio de interacciones entre las fuerzas innatas y la presión social exterior, un Yo que es libre, autónomo, y que, aun teniendo en cuenta las interacciones indicadas, decida en cada momento lo que más le conviene según el proyecto general de su existencia.

La experiencia y la psicología nos enseña que toda persona tiene como necesidad fundamental ser ella misma, incluso aceptando una buena dosis de influjos exteriores. Erickson dirá que una de las necesidades básicas de la persona es encontrar su propia intimidad y su verdadera identidad y defenderla contra los abusos exteriores que tienden a deteriorarla. Y Nuttin descubrirá el dinamismo fundamental de la personalidad en aquella fuerza interna a crecer, a superarse, a construirse, según su propio ideal y su propio estilo de vida.

Hoy es generalmente aceptada la existencia de un "control personal" en el desarrollo de la personalidad que tenga la capacidad de prever y de proyectar las energías personales en el futuro de la propia existencia. En esta línea discurren las conclusiones psicológicas de la corriente humanista y personalista de Allport, Nuttin y Hans Thoma.

La existencia de un Yo personal, liberado y liberador de las fuerzas internas y externas, es necesario conseguirla si la persona quiere tomar decisiones y opciones fundamentales en la vida.

En el terreno vocacional religioso, para que haya una vocación eficiente y real ha de estar motivada. Las motivaciones vocacionales son decisivas para proyectar y realizar el proyecto vocacional. Pero las motivaciones vocacionales han de ser "auténticas y válidas", es decir, han de brotar de la libertad interior de la persona, de sus convicciones, sin condicionantes internos ni externos, sin presión ni influencia de miedo, ansiedad, compulsión o angustia; y han de ser sobrenaturales, es decir, motivaciones que impulsen desde la fe para realizar un carisma que sólo se puede entender y realizar en fe.

### 3.2.—La personalidad es una realidad dinámica

La personalidad, aunque dotada de una estructura básica que le da consistencia y unidad, es una realidad dinámica que está continuamente haciéndose. La personalidad más que una estructura, por muy necesaria que ésta sea, es sobre todo un proceso. La estructura personal, que es germinal desde el primer momento de su aparición en el mundo, discurre en la historia personal a través de diversos procesos evolutivos, cada uno de los cuales condiciona al siguiente.

Ya decíamos antes, citando a Duttin, que la personalidad está impulsada por un dinamismo fundamental que la hace crecer constantemente, que la obliga a construirse permanentemente y que la impulsa a superar la situación actual. Podemos decir ahora con Murray, que la personalidad es la historia de la persona, es decir, el continuo dinámico y coherente, perfectamente unificado, de todos los acontecimientos y sucesos que una persona vive y experimenta a lo largo de su existencia.

La personalidad manifiesta su dinamismo en su constante devenir. Existe en la persona un esfuerzo constante para realizar su propia imagen y su propia identidad, concretado en un proyecto personal a corto y a largo plazo. Este esfuerzo viene condicionado por dos factores: *un factor impulsivo*, que se encuentra en el profundo campo de las motivaciones y tendencias, y *un factor direccional*, que proporciona un fin, una dirección, una deontología al factor impulsivo y lo canaliza hacia proyectos vitales de la persona.

Estructurando más en concreto los dos factores indicados podemos decir que en la personalidad dinámica hay dos regiones centrales de fuerzas psíquicas, que, según la preponderancia de cada una de ellas, pueden originar dos modos de actuación de la persona, dos modos de comportarse el Yo personal:

—Una *primera región central*, caracterizada por una *energía motivacional*, impulsiva, constituida por las tendencias, pulsiones y motivaciones, en la que la energía busca e intenta por todos los medios la satisfacción inmediata y parcial de las tendencias, sin tener en cuenta la totalidad de la persona y su futuro proyecto de vida. Esta energía se expresa

en tendencias como son la sed, el hambre, la sexualidad, la comodidad, la ansiedad, ... y son eminentemente compulsivas, inmediatas, irracionales.

—Y una *segunda región central*, caracterizada por una *energía proyectiva*, que tiene dos funciones: una inicial de control de las fuerzas motivacionales por la que la persona tiende a conservar su estructura personal y a mantener la integridad que le asegure estabilidad en el futuro; esta función es más bien conservadora y tiende a adaptarse al principio de la realidad, donde se desenvuelve la persona. Y otra función, menos conservadora y más creadora, que tiende a proyectar a la persona hacia un futuro satisfactorio, donde se encuentre perfectamente realizada. Así como la energía motivacional está fijada en determinadas tendencias, la energía proyectiva no está concretizada en tendencias muy particularizadas y localizadas. Implica una dirección y un fin personal, asimilado el cual, la energía proyectiva canalizará todas las energías de la persona a la consecución del mismo.

### 3.3.—Dinámica de la opción en el desarrollo de la personalidad

3.3.1.—Una verdadera opción fundamental debe partir de la interioridad de la persona y debe comprometer los niveles más profundos de la personalidad.

No nos referimos a las opciones, que pueden identificarse con decisiones poco importantes y periféricas: Existen en la vida de la persona decisiones que ha de tomar ante conflictos ocasionados por situaciones parciales y poco comprometedoras. Decisiones de esta categoría pueden ser polivalentes y

pueden no incidir en el desarrollo de la personalidad ni en la marcha de la opción fundamental.

Nos estamos refiriendo en el presente análisis a las opciones fundamentales, que determinan y especifican el futuro desarrollo de la persona. Estas opciones fundamentales son pocas, y entre ellas hay que contar la opción para la Vida Religiosa.

3.3.2.—En este marco, podemos decir que la *opción voluntaria fundamental* es un acto de la voluntad del Yo personal por el cual se determina a realizar un proyecto de vida ajustado a sus posibilidades presentes y futuras. La decisión fundamental es trascendental de alguna manera e intenta condensar en un propósito todas las realizaciones futuras de la personalidad. Es un acto histórico en el que, reasumida la historia personal pasada, se la proyecta al futuro personal dándole sentido y orientación.

El acto de la voluntad del Yo no es trascendental en el sentido de que prescinde de la realidad de la persona, de sus posibilidades, de sus límites y de las exigencias del proyecto a realizar. La persona que opta está sometida al influjo de tendencias conflictivas, cada una de las cuales busca independientemente su satisfacción inmediata; y a la vez, se enfrenta a múltiples informaciones que le ofrecen diversas posibilidades de optar. Por eso la opción fundamental nace del encuentro de un proyecto general, a conseguir a largo plazo, con la ambigüedad de la situación presente. Es fruto de una búsqueda que la persona realiza para clarificar a sí misma y para realizarse según su propia identidad.

La opción fundamental para que sea tal deberá tener las siguientes condiciones:

— Es una reacción de la persona que *estructura la dinámica* de la personalidad y da *unidad* a todos

sus comportamientos de manera que cada uno de ellos están integrados en la persona y todos ellos se encuentran entrelazados a través de la opción.

— Es una reacción de la persona que es *permanente*, que una vez tomada de por sí es incambiable e inmutable. Cambiar la opción fundamental, cuando ésta ha sido tomada con la madurez personal que se exige, es cambiar algo íntimo de la persona, es modificar la propia imagen de sí, es, podemos decir, romper la propia identidad. Por ello, un cambio de opción fundamental puede suponer una tremenda frustración de tipo existencial, que afectaría profundamente a la personalidad, la desequilibraría y la destruiría.

— Es una *reacción profunda*, que empaña los intereses y las tendencias centrales de la persona. La opción fundamental unifica toda la energía impulsiva que posee la persona, haciéndola activa y dinámica, incansable. Es importante esta unificación de las tendencias en la opción a fin de evitar una posible disgregación personal. Una tendencia central no integrada puede ser causa de disturbios psicológicos, pues buscaría consciente o inconscientemente otras fuentes de satisfacción fuera de la opción. Muchos matrimonios se rompen porque existen tendencias no integradas en la opción matrimonial, por ejemplo, la excesiva dedicación a una profesión puede ser origen de ruptura matrimonial cuando la profesión se hace absorbente.

— Es una *reacción orientada al futuro*. El acto de voluntad del Yo brota de la energía proyectiva de la persona, de su creatividad y originalidad. Toda opción por ser futura es un riesgo muy grave que asume la persona. Pero este riesgo la hace más creativa y activa. La persona al decidir se compromete

zarlo superando todos los conflictos. Su proyección al futuro la distingue de las reacciones impulsivas que miran solamente a la satisfacción presente y momentánea. Esta característica puede ser causa de conflictos psicológicos, que deben ser maduramente superados. La persona tendrá muchas veces que renunciar a satisfacciones inmediatas en bien de la satisfacción fundamental que proviene de la fidelidad a la opción fundamental. Quien ópta por la virginidad es porque la considera como un bien para sí mismo. Realizar la virginidad es realizarse a sí mismo. Entonces toda renuncia a satisfacciones inmediatas de tipo sexual, no son frustraciones de hecho, pues, aunque frustrantes inmediatamente interpretan su futuro y a realite, colaboran a la satisfacción fundamental que procede de la vivencia real de la virginidad.

— Y, por fin, es una *reacción clarificadora* de toda situación presente ambigua o conflictiva. La opción fundamental por proceder de la energía proyectiva de la persona ilumina los conflictos concretos que diariamente experimenta la personalidad en su desarrollo normal. Si uno ha tomado una opción fundamental, sus actos concretos la reflejarán de alguna manera. No puede haber contradicción entre una opción fundamental y las opciones diarias. En casos de conflicto concreto, la opción fundamental los solucionará siempre en favor de la misma.

3.3.3.—De todo lo dicho se pueden deducir algunas conclusiones de gran trascendencia: en primer lugar, no puede haber verdadera opción, si la persona no está madura psicológicamente; como la opción afecta a la totalidad de la persona, ésta debe poseer una gran madurez intelectual y tendencial, con la capacidad de una orientación universal de la vida y de la

manera de concebir la realidad. Solamente quien haya alcanzado tal nivel de madurez puede plantearse el sentido de su propia vida y confrontarse a sí mismo con el mundo de valores.

En segundo lugar, la opción fundamental no es posible sin un mundo de valores que quiera vivir y experimentar la persona. El mundo de valores estará constituido por "una temática existencial" que satisfaga plenamente a la persona y con cuya posesión la persona se encuentre plenamente realizada. El mundo de valores influye en la concepción que se ajusta al modo de ser personal. Por eso quien realiza experimentalmente el mundo de valores se realiza a sí mismo.

Y en tercer lugar, para que una opción fundamental sea eficiente se requiere una disciplina. La disciplina no solamente madura la personalidad sino que permite elegir en la vida lo más conveniente para la opción fundamental. La disciplina es el control interior de las tendencias, que, debidamente unificadas, son orientadas en la dirección de la opción fundamental. La personalidad solamente puede alcanzar su unidad armónica en la medida en que está sometida a una disciplina interna y externa.

#### **4.—LA OPCION FUNDAMENTAL POR LA VIDA RELIGIOSA**

Una vez analizados todos los elementos psicológicos y dinámicos de la opción fundamental, éstos han de integrar necesariamente la opción por la Vida Religiosa, una de las opciones fundamentales del cristiano.

Dentro del marco psicológico en que nos hemos situado, la opción fundamental por la Vida Religiosa tiene las siguientes características:

4.1.—Hay que entenderla desde la fe y desde la madurez humana. Los elementos psicológicos del re-

ligioso, cuando opta en la Vida Religiosa, están encuadrados en una perspectiva de fe. Sin la fe no tiene el más mínimo sentido el carisma religioso, ni las opciones por la virginidad. Si para optar se exige un alto nivel de madurez humana, para optar por la vida religiosa se necesita una seria y profunda maduración de la fe personal. Por eso la ruptura de la opción fundamental cuando un religioso abandona la Vida Religiosa puede depender de la falta de madurez humana y de la falta o pérdida de la fe vocacional. Por otra parte la perspectiva de fe en el que opta por la Vida Religiosa, mantenida con constancia y perseverancia cristianas, ayudan a madurar a la persona y al religioso, dando constancia a la opción realizada en la profesión religiosa. En la Vida Religiosa se darán conflictos, tensiones, cuya única solución es posible desde la fe. Por ej., la madurez humana de una persona religiosa que ha optado por la virginidad no anula las tensiones y los conflictos que provienen de la sexualidad; sin embargo, ellos serán superables y sublimados en la medida en que el individuo enfoque dichos conflictos desde la fe que le ha movido a optar por la virginidad. Lo mismo podemos decir de los conflictos psicológicos que provengan de la pobreza, de la obediencia y de la vida comunitaria.

4.2.—La opción por la Vida Religiosa debe emanar de un Yo libre y autónomo. Solamente un Yo libre puede optar en fe. Sería sumamente peligroso que la fuerza de la opción proviniese de la energía impulsiva de la persona. Mantener toda una vida la opción fundamental en la Vida Religiosa a base de motivos superficiales e impulsos tendenciales es psicológicamente imposible. La decisión vocacional perpetua tendrá muchas veces que mantener a la persona

viviendo una situación en contra de su energía impulsiva, que le pedirá satisfacciones en contra de la satisfacción fundamental que le causa la fidelidad a la opción fundamental. No es que el religioso renuncie a las satisfacciones de la vida. Renuncia a satisfacciones impulsivas, la cual renuncia es fuente y origen de satisfacciones más profundas, humanas y evangélicas.

Por el contrario, la energía psicológica que debe impulsar al religioso al hacer su opción ha de ser la energía proyectiva. Sobre ella se puede asentar la fe. Ella da originalidad y creatividad a la vocación; y es a la vez garantía de estabilidad.

No conviene olvidar que el religioso es una fuente de conflictos personales. Su vida es un hervidero de tensiones y presiones. Presiones que proceden de las tendencias internas motivacionales, las cuales en principio no están controladas y deben ser centradas. Presiones precedentes del entorno social que frecuentemente chocan con el proyecto de vida religiosa. Presiones y tensiones originadas por las exigencias de la fe y del carisma religioso. El religioso es una persona humana, tiene una fe cristiana y debe asumir unas exigencias vocacionales, que en su globalidad le crean una fuerte tensión existencial. Por ello, necesita un Yo fuerte, exigente, flexible e integrador, que dé unidad y armonía a todas las aspiraciones que brotan de su ser religioso y humano.

El religioso debe poseer una salud psíquica notable, que le mantenga equilibrado y coherente en sus comportamientos habituales. No hay que extrañarse del hecho, relativamente frecuente, de religiosos neuróticos, acomplexados, nerviosos, psicasténicos, etc. ... Posiblemente muchos de ellos han tenido como punto de partida una

buena salud psíquica, que sin embargo no ha podido resistir los embates de situaciones de conflicto psicológico que han tenido que sufrir por los diferentes cauces que hemos dicho. Les ha faltado un Yo libre y autónomo, dueño de sí y de las circunstancias, y se han depauperado psicológicamente. Como dato curioso, pero significativo, se puede recordar la cantidad de medicina, sedantes, tranquilizantes, etc., que hoy consumen las comunidades religiosas; o también, el número creciente de inadaptados, marginados y, por supuesto, de abandonos, que existen en la Vida Religiosa.

4.3.—La opción fundamental por la Vida Religiosa abarca toda la persona y, en el tiempo, toda la historia personal del religioso.

Dios llama a un cristiano por la fe y el amor a comprometerse en la Vida Religiosa desde la eternidad para la eternidad. El compromiso opcional, realizado históricamente, es por lo mismo perpetuo. Desde la fe vocacional una opción fundamental, por la que se responde a la llamada de Dios, debe comprometerse perpetuamente. El problema está en discernir adecuadamente si esa llamada existe, pues descubierta la misma con la certeza de la fe en Cristo que llama, el cristiano debe responder de por vida a la misma. Hablar, por lo mismo, de vocación temporal es un contrasentido desde Dios. Lo que se llama vocación temporal puede más bien considerarse como una etapa concreta dentro de la opción fundamental.

Por otra parte, desde la persona, la opción, cuando es en verdad fundamental, es definitiva, pues no es ni más ni menos que el modo de realizarse ella plenamente, la manera de llegar a ser lo que deba ser, el único modo de manifestar su propia identidad.

Además, si Dios llama a la per-

sona totalmente tal y como ella es, quiere decir que todo lo que ella tiene es vocación. Todos los dones de naturaleza y gracia, todas las cualidades naturales y sobrenaturales, toda constitución, temperamento y carácter es vocación. De aquí se deduce que la fidelidad a la opción vocacional no hay que entenderla solamente en el tiempo, sino en la intensidad con que se vive la propia fe y sus compromisos, y se desarrollan las cualidades personales. Una vida apática, humanamente pobre, es una infidelidad a la vocación. Unos dones sin cultivar y sin desarrollar intensamente son asimismo una infidelidad a la opción vocacional.

4.4.—El religioso que opta por la Vida Religiosa acepta como "temática de su existencia" el contenido del carisma religioso. Esta temática existencial viene dibujada en un cuadro de valores que se debe vivir y experimentar. Este cuadro de valores incluye varios elementos. En un primer momento, la conciencia clara del llamamiento divino; conciencia que se adquiere a través de un proceso por el que el cristiano, por medio de los signos vocacionales, descubre a Cristo de una manera activa, invitándole a seguirle en su modo existencial de vivir. Sin la conciencia de sentirse llamado es absurdo decidirse a optar por la Vida Religiosa. La conciencia vocacional se va clarificando en la medida en que se profundiza por la fe en la identidad vocacional religiosa. Por eso es imprescindible que antes de optar se haya profundizado en el alcance de la Vida Religiosa, en sus compromisos y en sus exigencias. Todo lo cual no es posible sin una buena información, sobre la Vida Religiosa, sin una buena Teología de la Vida Religiosa y del carisma congregacional.

En un segundo momento, se debe tener conciencia de la propia

capacidad de poder vivir las exigencias de la Vida Religiosa. Esta capacidad experimentada es garantía de la autenticidad de la llamada. Si Dios llama, El mismo da la capacidad para responder a la llamada: capacidad humana y capacidad sobrenatural. Por lo mismo el religioso debe prepararse, mediante un período de formación y de experiencia, a realizar la opción definitiva. En la experiencia podrá ver los propios límites y las propias posibilidades y calibrar, en consecuencia, su capacidad de responder realísticamente a la opción total, perpetua y definitiva.

Por último, el cuadro de valores de la temática existencial y el conocimiento del propio yo y de la propia personalidad, han de ser debidamente interiorizados. Es importante que las ideas se conviertan en convicciones; que éstas se transformen en actitudes y que éstas provoquen los comportamientos, humanos y religiosos. Paulatinamente se irá creando una mentalidad de fe vocacional que imprima a la persona un impulso que se traduzca en un estilo de vida auténticamente religioso y evangélico.

4.5.—La opción fundamental por la Vida Religiosa es algo dinámico. La decisión vocacional, que estructura de alguna manera el interior del religioso y su personalidad, dándole unidad de vida y coherencia en su comportamiento, es activa y dinámica. Desde Dios la vocación, la llamada, actúa siempre y Cristo sigue llamando constantemente y cada presencia suya por el Espíritu es una nueva presencia vocacional. El desarrollo de la fe del religioso es vocacional siempre, y por eso ha de responder constantemente. Tiene que hacer cada día la vocación, por muy lejano que haya sido el día de la profesión perpetua. Por otra parte, las motivaciones religiosas son

siempre activas y de por sí están dinámicamente impulsando a la fidelidad vocacional.

4.6.—Una vez que se ha tomado la opción por la Vida Religiosa hay que defenderla de su posible rompimiento. La mejor garantía de su firmeza es que se haya tomado con la debida seriedad y responsabilidad, después de un proceso de maduración humana y sobrenatural.

Sin embargo, por muy firme que sea la decisión vocacional es en definitiva una decisión humana, tomada por una persona libre, que puede cambiar cuando quiera, y a la vez condicionada, que puede cambiar cuando no quiera. No se puede ser extremadamente ingenuo y confiar tanto en las propias fuerzas que no se vea la posibilidad de romper lo que solemnemente se había prometido. La experiencia de la vida nos enseña diariamente cuántos fallos y abandonos de la Vida Religiosa no nos los explicamos, pues proceden de personas que aparentemente, a lo menos, se comportaban con firme coherencia y decisión.

La opción fundamental hay que defenderla de posibles opciones parciales y superficiales que poco a poco la van minando hasta deshacerla totalmente. Hay que evitar opciones parciales contrarias a la opción fundamental que la pueden desmoronar irremediablemente. El Yo, libre y autónomo, que ha tomado la decisión fundamental, sigue estando sometido a las presiones internas de los impulsos y a las presiones sociales desde fuera que buscan satisfacciones inmediatas, y cuyos comportamientos se oponen a la opción fundamental. Ser condescendiente con estas presiones internas y externas es sumamente peligroso para su estabilidad y firmeza. Por eso, el religioso debe

tener una buena capacidad de renuncia a lo inmediato, de control emocional y afectivo y debe llevar una vida disciplinada interna y externamente. La fidelidad a la opción por la virginidad, por ej., exigirá renunciaciones no solamente al matrimonio y a las satisfacciones sexuales propias, sino también a una zona intermedia sin cuyo control es imposible el dominio motivado de la sexualidad. Es peligroso vivir experiencias ambivalentes, pues aunque parciales, son siempre dinámicas de alguna manera y perforan sistemáticamente la opción fundamental hasta cascarla y pudrirarla.

Más aún, es necesario comprender que los conflictos que la Vida Religiosa plantea al religioso en su quehacer cotidiano han de reforzar la decisión vocacional, fortaleciéndole y dándole consistencia. Ante un conflicto más o menos tenso no es propio poner en crisis la propia opción. Al contrario, la opción fundamental tomada debe servir de clarificación y de ayuda para superar un conflicto determinado. No es propio condicionar una decisión tomada a posibles problemas vocacionales que se presenten, sino que éstos deben ser iluminados y superados con la decisión tomada.

## 5.—CONCLUSION

Por todo lo expuesto, se puede concluir que la opción por la Vida Religiosa es un proceso muy complejo donde intervienen muchos factores que hay que conjugar armónicamente. Todos ellos son necesarios tenerlos en cuenta a la hora de optar, si queremos una opción fundamental por la Vida Religiosa que satisfaga plenamente y realice a la persona como cristiano y como religioso.